

CERÁMICA COCIDA: TEJAS Y LADRILLOS DE SALAMÁ

Aracely Esquivel Vásquez

“Vieja ceiba milenaria, centinela de la plaza, descubrid tu corazón y mostradme nuevamente esa brava y fuerte raza de tan noble corazón”.
Juan Fernando Valdés, poeta Salamateco.

Introducción

El propósito de este trabajo es dar a conocer la producción de tejas y ladrillos de la cabecera departamental de Salamá, Baja Verapaz; para divulgar la manufactura artesanal actual, de los barrios: El Calvario, Santa Elena y La Estancia de la Virgen. También se visitó la tejera Los Encuentros en el barrio Las Piedrecitas, de la misma ciudad, en donde únicamente trabajan tres artesanos. Durante el trabajo de campo realizado en visitas alternas de febrero a junio de 2015; también se entrevistó en su casa de habitación al tejero, don Andrés Abelino Morales de 84 años de edad quien durante 48 años produjo tejas y ladrillos en la tejera de don Faustino Dionisio Reyes y cuatro

años en la tejera de don Lolo Morales; ambas tejas estuvieron ubicadas en el caserío Los Encuentros del barrio Las Piedrecitas, Salamá, cabecera departamental y que ya no existen.

La investigación de campo se realizó a través de la observación directa, así como la aplicación de entrevistas grupales e individuales a los artesanos que laboran en dichas tejas. Se hicieron entrevistas utilizando un diálogo cordial e informal a vecinos y comerciantes de la población con el propósito de obtener información sobre otras artesanías elaboradas en el pasado, en el casco urbano. Se visitaron las tejas y se procedió a entrevistar a los artesanos que se encontraban, en su mayoría, en plena labor artesanal. Por lo tanto, en este estudio se describe

el proceso de elaboración, quema, distribución y venta de estos materiales de construcción, que son de uso común en el área rural en su mayor porcentaje, en relación al área urbana su uso es menor.

Con el objetivo de encontrar otras formas visibles de la cultura popular salamateca, se hizo trabajo de campo en algunas aldeas del municipio de Salamá de mejor acceso vehicular, lo cual facilitó el transporte. De esa cuenta se realizó un recorrido en: El Tempisque, Las Anonas, Chuacús, Chuacusito, Llano Grande y Payaque. En Tempisque, se encontró que las mujeres se dedican a las labores textiles; hacen tejidos en telar de palitos y servilletas. En Payaque hace ya varios años, fabricaban carretas de madera, las cuales eran haladas por bueyes. También fabricaban los yugos que se les ponen a los bueyes para tirar tanto las carretas como el arado. Así mismo elaboraban las coyundas o correas de cuero crudo de ganado bovino para sujetar el yugo en las cabezas de los bueyes. También fabricaban escobas y sopladores con palma, que llevaban de El Rancho, El Progreso, Guastatoya. Hace mucho tiempo los pobladores de la aldea eran grandes productores de leche, queso y crema. En la actualidad producen en menor escala y se venden tanto en la comunidad como en la ciudad de Salamá.

En las aldeas Chuacús y Chuacusito no producen ninguna artesanía. En la

aldea las Anonas producen carbón de leña de encino. Son grandes productores de carbón en forma artesanal, el cual venden en el mercado de Salamá y otras aldeas. También extraen madera que venden como tablas, reglas y vigas que antes cortaban en forma rústica pero en la actualidad usan motosierra. Del pino extraen las hojas (acículas) las que venden por redes, a un precio de Q 40.00 y Q 50.00 cada una. Las hojas son utilizadas para esparcirlas en las fiestas o para elaborar alfombras en festividades religiosas. Lo anterior es una forma que tienen los habitantes para ganarse la vida. Su fiesta patronal es el Miércoles de Ceniza. También celebran el día de La Santa Cruz tienen su propio grupo de mazates.

En Llano Grande se elaboró hace mucho tiempo la alfarería doméstica, ollas y comales; actividad que sustituyeron por la siembra de tomate, maíz, frijol y ayotes para la comercialización de la pepita. De esa cuenta, la alfarería que se vende en los mercados es reconocida como de Llano Grande y no de Trapiche de Agua que es cien por ciento alfarera.

Finalmente, en este estudio se presentan los agradecimientos a los artesanos que colaboraron desinteresadamente, proporcionando un caudal de datos que se grabaron para luego dar origen al presente artículo. A continuación se muestra un cuadro que contiene los datos de los informantes, seguido de una breve descripción de la

localidad. Luego con aspectos generales sobre la cerámica y los materiales de construcción sustentados con elementos teóricos. Continúa con las historias de vida de los tejeros: don Andrés Abelino Morales, don Froilán Morales Picón, doña Silvia Lorena Picón y don José Iván López López. En seguida con el desarrollo del trabajo etnográfico: elaboración de tejas y ladrillos, comercialización, venta y finalmente con el comentario, bibliografía y registro fotográfico de la actividad.

Agradecimientos

Este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración de los 12 artesanos a los que se abordaron tanto en las tejas como en sus casas donde desarrollan sus costumbres y producen en su tiempo y a su modo, objetos de gran valor comercial. Se expresa un profundo agradecimiento a los artesanos “tejeros”

como los llaman en la localidad; a los maestros del horno, que tienen la responsabilidad de la quema de las piezas y a los ayudantes tanto del pasado como del presente que proporcionaron con agrado, paciencia y buen sentido del humor, sus conocimientos en la fabricación de las tejas y ladrillos para poner de manifiesto la importancia de los artistas de la población urbana de Salamá, como también de los artesanos del área rural como es el caso de los que laboran en la tejera Los Encuentros en el barrio Las Piedrecitas, que aún continúan desarrollando artefactos de barro. Así como también se expresan agradecimientos al señor don Raúl Fernández propietario de la Galería del Arte, por el continuo interés en rescatar y dar a conocer la cultura tradicional de Salamá. Todos los artesanos tejeros que se presentan en el siguiente cuadro, son originarios de Salamá.

Informantes de las tejas

Nombre	Actividad	Lugar de trabajo	Edad	Escolaridad	Edad de aprendizaje	Primer producto
Andrés Abelino Morales	Hace 3 años se retiró	Tejera barrio Las Piedrecitas	84	Analfabeto	30	Ladrillo
Froilán Morales Picón	Tejas, ladrillo y quemador	Tejera Los Encuentros, barrio Las Piedrecitas	52	3er. Grado	19	Teja
Juan López	Tejas, ladrillo y quemador	Tejera Los Encuentros, barrio Las Piedrecitas	50	3er. Grado	9	Teja
Lester Genaro Enríquez	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	22	Tercero básico	13	Teja

Continúa...

Nombre	Actividad	Lugar de trabajo	Edad	Escolaridad	Edad de aprendizaje	Primer producto
Mario René Reyes Hernández	Tejas, ladrillos y conductor	Tejera El Calvario	23	Ingeniería ambiental	8	Teja
Mario Picón	Tejas y quemador	Tejera El Calvario	35	2do. Grado	10	Teja
Silvia Lorena Picón	Tejas y tendido	Tejera El Calvario	40	Primaria completa	8	Teja
José Iván López López	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	30	3er. Grado	23	Teja
Osvin Daniel Picón	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	24	4to. Grado	11	Teja
Erick Rigoberto Pacheco Flores	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	19	Tercero básico	10	Teja
Sergio Santiago Luna	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	32	Tercero básico	12	Teja
Suarlin Ivoy Soberanis	Tejas y ladrillos	Tejera El Calvario	38	Primaria completa	13	Teja

Fuente: elaboración propia.

Área geográfica del estudio

Las Verapaces, situadas entre cerros, quebradas, subidas y bajadas muy impetuosas, están encerradas entre montañas elevadas por todas partes (Prado, 1984: 183-185). Tienen partes calientes, secas y húmedas; en sus bosques tienen árboles corpulentos de exquisitas maderas. Sus montes están llenos de animales. En sus ríos hay variedad de peces. Las aves cantoras y de hermosos plumajes cruzan por sus selvas (Juarros, 1981:24-25).

En la cabecera departamental de Salamá situada al noreste del departamento, la producción artesanal, según el diccionario Municipal de Guatemala (2002: 25), consiste en: tejidos de algodón, cerámica tradicional,

cestería, jarcia, muebles de madera e instrumentos musicales, productos de palma y de hojalata, cerería, tejas y ladrillos de barro, petates de tul y cohetería. Al realizar la investigación de campo, solo se encontró la producción de tejas y ladrillos que se concentra en los barrios, mencionados anteriormente.

Baja Verapaz es un departamento con variedad ecológica, con gran cantidad de recursos naturales, variedad climática y con una geografía muy accidentada. Se caracteriza por la actividad agrícola, forestal y otras actividades, sobresaliendo la artesanal: jícaras, alfarería, cestería, textiles, entre otros. Siendo los más solicitados los textiles, productos de barro y cestería. Según información obtenida a través de

conversaciones casuales con personas que se abordaron en el mercado, hace aproximadamente unos 12 años, todavía se elaboraba cerámica en algunos barrios de Salamá quedando hoy solo en el recuerdo. Sin embargo, en el mercado es posible encontrar artesanías tanto de Salamá y aldeas, como de otros municipios como Rabinal que tiene un pasado artesanal histórico representado en sus jícaras y otros objetos como nuevas artesanías.

La cerámica en los materiales de construcción de Salamá

Se ha escrito muy poco sobre las tejas y ladrillos cocidos, no obstante que son materiales de construcción de gran demanda en el país y especialmente en el área rural, sobre todo en aquellos lugares en donde se encuentra materia prima como es el caso de las tejas de Salamá, en donde, como indica Cifuentes (1987: 3) con las tejas se realiza la cubierta de viviendas que por el proceso de transculturación los antiguos cambiaron el rancho de paja maya por el techo español de teja y estructura de madera. Tanto en Salamá como en varios municipios y departamentos de Guatemala, muchas familias dependen de esta actividad.

Este tipo de cerámica está ligada a la supervivencia de muchos artesanos. Estas artesanías son producidas tanto para uso interno como para el consumo de comunidades cercanas de la misma jurisdicción. La elaboración de pro-

ductos de barro tuvo un propósito utilitario y dependiendo para qué fuese utilizado, fue adquiriendo otros usos: en el hogar para guardar agua y cocer alimentos y, posteriormente y a medida en que fue creciendo la producción de objetos cerámicos se les dio otros usos. López Cervantes (1983) indica que a la cerámica se le fue dando otros usos, especialmente dentro de los ceremoniales religiosos, tales como figurillas que formaban parte de las ofrendas a los muertos. Por su parte, Lara (1991) menciona que al interior de la cultura de los pobladores mesoamericanos, la cerámica ha constituido parte fundamental de la cultura ergológica o material. Asimismo,

El estudio de las artesanías no es un fin en sí mismo, sino un medio a través del cual se pueden comprender todas las relaciones sociales que involucran su producción. Las artesanías no son objetos aislados, sino elementos que reflejan en sí mismos, toda la complejidad de una sociedad, en ellos se pueden estudiar tanto las relaciones de producción como la cultura de quien los crea como objetos o quien los consume como mercancía (Vallarta, 1985: 4).

En cuanto a la producción de tejas y ladrillos ha sido y es una labor ininterrumpida, desde la época colonial. La elaboración de estos

materiales de construcción en la cabecera departamental, además de ser una expresión cultural que identifica a los salamatecos; constituye una fuente primaria de trabajo porque complementa los ingresos adquiridos a través de las labores agrícolas que se han practicado desde el florecimiento de la agricultura. Barrios (1996: 24), refiere que “la emigración temporal para trabajar en las plantaciones agroexportadoras, conjuntamente con la elaboración de artesanías y la ganadería, son las actividades que complementan la economía familiar para subsistir”. Y en Guatemala, las labores artesanales están ligadas a las agrícolas. Al respecto, Olga Pérez menciona que la producción artesanal se constituye, en la mayoría de los casos, en una actividad económica complementaria con relación a la actividad productiva principal, la agrícola (Pérez, 1989: 13).

Las tejas y ladrillos son artesanías del ramo de materiales de construcción y están inmersas dentro de la cultura ergológica o material porque tienen como elemento definidor el barro. La producción alfarera de este tipo desempeña un papel económico de importancia pues en la mayoría de municipios y departamentos de la República de Guatemala, muchos artesanos se dedican a esta labor. Los artesanos contribuyen en el desarrollo cultural y social de un pueblo, pues sin artesanos no hay artesanías y el realce de las mismas radica en que son elaboradas manualmente con el uso de molde o sin

él. En el caso de las tejas y ladrillos, el uso del molde es imprescindible. El origen del molde es incierto ya que fue común por igual en las tradiciones europea y prehispánica. Las artesanías no deben considerarse como objetos de simple manufactura pues tienen relación directa con las ciencias sociales como indica Rodríguez:

Con la Geografía por su localización; con la Historia por su origen y evolución; con la Economía, teniendo en cuenta que su producción y mercadeo representan ingresos personales, familiares y nacionales; con la Antropología, si se tiene en cuenta al artesano como hombre; y con el resto de las ciencias sociales que tienen relación con el hombre y la naturaleza (1983: 3).

El mismo autor refiere que las artesanías son parte intrínseca de la vida del hombre puesto que aparecieron junto a él y se desarrollaron conforme se incrementaban sus necesidades, las cuales fueron aumentando, como indica Rubín de la Borbolla, con el “descubrimiento y desarrollo de la agricultura y en la domesticación de numerosas plantas silvestres, entre las que se encuentran las plantas útiles a las artesanías” (Rubín, 1974: 28). Con el correr de los años fueron transformando para dar vida a nuevos y útiles diseños que adaptaron a las necesidades de acuerdo al desarrollo social, cultural y económico.

Estos productos conservan las características que las definen como artesanías populares y que según el concepto de Roberto Díaz Castillo (1978: 48), indica que:

Las artesanías populares, son expresiones de carácter plástico dotadas de atributos estéticos, tradicionales, utilitarias y anónimas. Difieren del arte popular en que deben su existencia al taller colectivo organizado jerárquicamente, en estos casos formados muchas veces por maestros, oficiales y aprendices, en donde el salario es fijo y el trabajo sujeto a tiempo determinado constituyendo rasgos económicos sociales característicos. El volumen de su producción es más amplio pues trasciende el mercado local y regional.

En el área rural, y en el caso específico en las aldeas de Salamá; se pueden observar muchas casas con paredes de adobe y block, en donde los techos de dos aguas, están cubiertos de tejas y especialmente con las elaboradas en las diferentes tejeras de dicho municipio; sin descartar que en la población urbana, también se observó la construcción de casas con techos de teja.

La arcilla ha sido un material de construcción desde épocas muy remotas en que el hombre la ha utilizado para la construcción de sus viviendas. Con estos materiales de construcción el

hombre se ha protegido y cobijado del entorno natural. Los techos de tejas son, en esta área de Salamá, adecuados al clima, al terreno y a los recursos económicos de los habitantes. Con la arcilla cruda se fabrican adobes para construir las paredes de las viviendas. En los adobes se utiliza paja para mayor cohesión del barro y son secados únicamente al sol. Barrios (1996: 22), indica que los españoles introdujeron “la utilización de adobe para las paredes y la teja para los techos”. El Instituto Indigenista Nacional en las décadas de 1940 y 1950, realizó investigaciones donde puso en evidencia que la utilización del adobe era común en las áreas urbanas y el “bajareque” en el área rural (IIN, 1955). En Guatemala el uso del adobe era frecuente hasta antes del terremoto de San Gilberto de 1976, que dejó pueblos enteros en la ruina total; dejando escombros e innumerables muertos, ya que el adobe es inferior al ladrillo en cuanto a la resistencia a los sismos.

Por otra parte, una de las primeras creaciones del hombre como ser cultural, que le sirvió para sobrevivir en sus primeros tiempos para comunicarse con los otros hombres, fue el arte manual. En la sociedad actual, en donde la producción fabril es masiva e incontrolada con una excesiva comercialización, existe una búsqueda de valores artísticos para restablecer el sentido y la orientación del quehacer humano. Y en ese sentido, el arte popular y el artesano que lo produce, tiene una particular e

indiscutible importancia. Los productos industriales han desplazado a un número creciente de productos artesanales. Sin embargo, “Los artesanos tuvieron gran importancia en la época anterior al desarrollo industrial” (Martínez, 1994: 300), de sus talleres salía gran cantidad de productos como se puede observar en la época actual, en donde los artesanos trabajan con dedicación para darle forma al barro y crear objetos artesanales de índole utilitaria, decorativa, ceremonial y religiosa, de gran calidad como resultado de un esfuerzo inteligente manifiesto en cada creación.

Es el artesano el que le da dimensiones humanas a la materia prima que usa. Su capacidad creadora y su experiencia producen valores singulares que la máquina jamás podría suplantar, ni sustituir dentro del proceso cultural.

Lo que produce con gran habilidad el artesano, lo hace con base a la experiencia de generación de artesanos, por tradición, y con ello enriquece e innova la producción de su artesanía, aunque no es el caso para las tejas y ladrillos que presentan una sola forma de estilo, pero sí para otras formas que permite la maleabilidad del barro. Y con ello contribuyen a mantener viva la cultura de su región como elemento de identidad cultural; pues la cultura popular tradicional es, según Francisco Rodríguez Rouanet:

Uno de los pilares sobre los que se asienta la nacionalidad de los países que, como Guatemala,

fueron la cuna de grandes culturas que brillaron en todo su esplendor y transmitieron a las siguientes generaciones un acervo de conocimientos que todavía se conocen entre algunos grupos étnicos (Rodríguez, 1983: 1).

Por su parte, Rubín de la Borbolla al referirse al contenido de la cultura popular tradicional indica que:

Es la acumulación de las experiencias culturales positivas que se transmiten de generación en generación, lo cual garantiza su supervivencia en el tiempo y en el espacio. Constituyendo las artesanías una actividad básica en todas las culturas, desde las más simples hasta las más altas civilizaciones americanas. (Rubín, 1974: 47).

En un documento del programa de desarrollo regional de las Verapaces, editado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), refiere que: “Las artesanías de Baja Verapaz tanto las de origen maya como la hispánica, son elaboradas principalmente por indígenas y en menor grado, por ladinos” (PLV, 1992: 63-175). Por otra parte, Lina Barrios refiere que:

Entre las artesanías de origen maya están: tejidos en telar de cintura, cerámica tradicional, cestería, jarcia petate de palma, petate de tul, jícaras y guacales,

máscaras, instrumentos musicales. Entre las de origen hispánico se conocen: sombreros de palma, teja de barro, ladrillo, artefactos de pólvora, hierro, hojalata, etc. (Barrios, 1996:25).

Experiencias de los informantes

Don Andrés Abelino Morales, nació en aldea Buena Vista, Salamá. Vive en el barrio Las Piedrecitas, según indicó desde que era “niño de pecho”. Es viudo desde hace 12 años. “Aquí conocí a mi esposa, María Rosario Andrés Mejía; ella hacía ollas y comales de casahuín y yo le traía el barro. Cuando nos juntamos, ya sabía hacer ollas y comales desde pequeña su mamá le enseñó”. Sobre su aprendizaje como tejero tradicional indicó que comenzó cuando tenía 30 años de edad. Don Faustino Dionisio Reyes, que fue su patrón, lo invitó a que le ayudara y de esa manera aprendió el oficio de tejero.

Primero acarreó barro porque en el terreno de don Faustino abundaba a diez metros del lugar en donde se procesaba. Informó que ese mismo barro era el que usaban en las ollas y comales, tanto su esposa como otras alfareras. “Cuando ya pude hacer las tejas, el molde que usaba era de madera de pino, pero con el tiempo llegué a tener mi propio molde de metal que aún guardo, allí arriba en la viga de la casa. También puedo hacer ladrillos”.

“Yo me hacía una teja en dos minutos y medio y en una hora me hacía 25, pero meneándole la mano [con rapidez]. En todo un día me hacía 200 pero también se lleva el tiempo de secado a la sombra y después la quema. El encargado de quemar era don Faustino, que comenzaba a ponerle fuego a la una de la mañana. Todo el día le pegaba fuego y le quitaba el fuego a las nueve o diez de la noche. Después de esa hora ya no le echaba más leña para evitar que salieran sobrecocidas las piezas. El resto de la tarde me dedicaba a preparar el barro para continuar el trabajo del día siguiente. Y la preparación del barro consistía en cernir el barro, sacarle las piedritas, peinarlo, amasarlo con los pies, remojarlo y dejarlo tapado con un nylon para el día siguiente. Se le echaba agua de manera que la mezcla no quedara ni dura ni aguada”.

“Además de trabajar con don Faustino, yo iba a trabajar donde me hablaban. Iba a otras tejeras. Trabajé con don Faustino dos años. Siempre fui operario, nunca tuve ladrillera porque se necesita un espacio grande. También trabajé en la ladrillera de don Lolo Morales, allí trabajé cuatro años. La ladrillera de don Faustino y la de don Lolo, ya no existen, se terminaron”.

“Dejé de hacer tejas y ladrillos porque en un tiempo hubo trabajo con el gobierno y me fui a trabajar en obras públicas, aquí mismo en Salamá. Allí hice drenajes y dejé de hacer tejas y como se trabajan en todo tiempo cuando

se terminó el trabajo regresé porque media vez hayan galeras para protegerse de la lluvia, se puede trabajar. A mí me gustaba ese trabajo de hacer ladrillos y tejas porque no había otra cosa que hacer en ese tiempo, por eso cuando salió ese trabajo con el gobierno me fui a hacer drenajes. También me he dedicado a sembrar maíz, frijol y ayote. Lástima que yo me enfermé. Me pegó una enfermedad en la cintura y me molesta el corazón. Hace tres años que ya no me dedico a la labor de las tejas, porque eso requiere estarse agachando, parándose, cargar barro y fuegear. Los moldes los hacía un herrero, el finado don Lencho”.

Don Froilán Morales Picón, nació en el barrio Las Piedrecitas, Salamá. Sobre su vida como tejero tradicional comentó: “Yo tenía 19 años cuando fui a la tejera de don Lolo Morales, aquí en Los Encuentros; pero solo perdí el tiempo porque solo iba a ver cómo trabajaba el cliente; no me dieron oportunidad de trabajar. Entonces me animé a trabajar porque ya había visto y me pareció fácil y fui a buscar trabajo a otra tejera. Pero ya al estar uno trabajando en el molde, no es tan fácil pero después de un tiempo, agarré más ligereza, se me facilitó la hechura y después ya me pareció muy fácil. En término de un mes, ya podía trabajar bien la teja y me hacía 25 al día. Y me vine a trabajar de mozo aquí a esta tejera que es de don José Manuel Pérez, que vive en el barrio La Alcantarilla, [Salamá]. Aquí somos tres mozos”.

“En un día hago 150 tejas. Aquí no tenemos tarea. Cuando nos cansamos, allí la dejamos porque hay que mojar [el barro] para otro día. A veces hago 200 tejas. Mis ocho hijos saben hacer tejas, tanto los hombres como las mujeres, yo les enseñé y a mi esposa también. En este trabajo no hay diferencia de sexo. Aquí viene mi esposa a ayudarme por eso tengo este otro molendero y una mi patoja que se dedica solo a tender [colocar la teja en el patio para el secado] y mi esposa y yo, solo a palmear [hacer tejas]. También hace ollas y comales”.

“Mi hija se llama Norma Consuelo Morales Dionisio y mi esposa Rosario Dionisio Rodríguez. La teja se trabaja en todo tiempo, invierno y verano. El ciento de teja cruda me lo pagan a Q35.00. Si se quiebra una teja cuando está tendida en la sombra hay que hacerla nuevamente porque se debe entregar cabal el ciento. En un tiempo me fui a Pasasagua, [San Agustín Acasaguastlán, El Progreso], allí hay una tejera, entonces en eso uno se va dando cuenta que aprecian el trabajo y como yo trabajo bien asentadito [bien hecho], pues me llaman de donde quiera. Yo he ido a trabajar en varias tejeras, también durante un tiempo estuve trabajando en la tejera de don Isidoro Hernández, pero ahora ya solo me quedé en esta”. Don Froilán puede hacer ladrillos para construcción y ladrillo para piso de casa de los cuales hace dos estilos: cuadrado plano y hexagonal.

El primer día que se visitó la tejera de Los Encuentros, tenían cargado el horno. Don Froilán indicó: “mañana pasaremos todo el día fuegueándonos”. En el otro horno, todavía se encontraba el material que habían “quemado” días anteriores pero aun no se había descargado porque no estaba frío en su totalidad.

Doña Silvia Lorena Picón, nació en Salamá, tiene 40 años. Su esposo don José Iván López López, también trabaja en la misma tejera. Tiene un hijo mayor y sabe hacer tejas, ella le enseñó. Sobre su aprendizaje comentó: “Aprendí porque mi papá me enseñó desde que tenía 8 años. Para mí fue fácil, en el ratito aprendí a hacer las tejas. Allá arriba en la otra tejera [siempre en el barrio El Calvario], de don Joaquín Reyes, allí trabajaba mi papá y yo me iba a ayudarlo a tender las tejas. Mi mamá no puede hacerlas. Yo quiero enseñarles a mis otros dos hijos pero la pensada del papá es que no. El quiere que estudien y sean profesionales; yo quiero las dos cosas que estudien y aprendan este oficio. A mi esposo no le gusta que el niño [de cinco años] se pase aquí en la galera pero así va ir aprendiendo porque ya ayuda a llevar y sacar tejas del horno. También puede echar barro en el colador para cernirlo”.

Doña Silvia es hermana de don Mario Picón, el encargado de realizar la quema en uno de los hornos de la tejera del barrio El Calvario. Comentó que junto con su esposo, en un día son

capaces de elaborar 400 tejas y a la semana hacen 1,500.

Don José Iván López López, nació en el barrio El Calvario, tiene 30 años. Según informó: “A mí, el destino me trajo para acá. Hace siete años que me dedico a hacer tejas. Me trajo un primo y aquí los muchachos me enseñaron, porque yo andaba en malos caminos, era drogadicto y no me da vergüenza decirlo. Hace seis años que no consumo ninguna clase de drogas y gracias al trabajo de aquí de la tejera, lo logré dejar y aquí estoy todavía. Sufrí mucho para dejar ese vicio y no pienso volver a caer en lo mismo. Yo nunca le robé a nadie para comprar la droga porque siempre trabajé y estoy contento aquí con mi trabajo. He trabajado en el destace de marrano aquí en Salamá. Además de este trabajo de la teja, trabajo de noche como agente de seguridad aquí en el pueblo”.

La elaboración de tejas

El proceso de elaboración de tejas y ladrillos requiere de varios pasos que se detallan a continuación.

Preparación del material

Con la selección y extracción del barro que cuidadosamente hacen los artesanos, se da inicio al proceso para elaborar tejas y ladrillos. Con la ayuda de un azadón y una piocha, se extrae el barro del barrial (lugar en donde abunda el material), que generalmente está cerca de las tejeras. La tejera situada

en el barrio El Calvario posee terrenos propios para la extracción de la materia prima. Según información de los entrevistados, en todo tiempo se puede recolectar el barro. Sin embargo, para algunos artesanos es mejor recogerlo durante el invierno pues es más fácil extraerlo porque está húmedo.

El barro viene, según don Froilán Morales, en polvo y en terrones pequeños, medianos y grandes. Cuando el barro viene con mucho terrón grande se deja en remojo para desintegrar los terrones y se tapa para que no se deshidrate por el efecto del calor del sol y no quede “chicharroneado”. Con ayuda de una pala, se coloca el material en un colador de cedazo de regular tamaño, se cierne y se traslada al patio de la tejera. Mojan una parte, solo la que van a usar. Al día siguiente, se mezcla con ayuda de un azadón, proceso que el tejero denomina “peinar el barro”. El peinado del barro “se hace en tres pasadas”, es decir, se repite tres veces a la vez. Con este procedimiento se extraen las piedrecitas que pudieron haberse colado a través de los espacios rotos que podría tener el cedazo a consecuencia de tanto uso. Se tapa con plásticos y se espera al día siguiente. Se destapa y se mezcla con los pies descalzos con fuerza y ritmo. A este procedimiento el artesano nombra “patear el barro” teniendo el cuidado de no dejar nada sin humedecer y sin patear, de manera que la piedra que no se haya detectado con “la peinada, sale

con la pateada”. En esta fase del trabajo invierten de una hora y media a dos. Se vuelve a tapar con un nylon para evitar que los animales, principalmente perros y gatos, defequen y orinen sobre la mezcla que queda preparada para trabajarla al día siguiente. A este proceso se le llama “maduración del barro”.

Al otro día se separa la cantidad de arcilla necesaria para hacer doscientas tejas, cantidad que el tejero, por la experiencia que posee, sabe calcular. Se hacen “chibolas grandes de barro”, se trasladan en carretilla de mano o con las propias manos, para la galera que es el lugar en donde producen y colocan el barro en forma de “volcán”, cerca del molendero, para hacer una especie de promontorio de aproximadamente un metro de alto y un metro de diámetro, que constituye el material finalmente preparado para elaboración de tejas y ladrillos. Lo cubren totalmente para evitar que se seque, se cubre con un nylon porque “si se seca, se reseca, se raja y no sirve para trabajarlo”.

También se necesita arena que recolectan en los bancos de arcilla blanca que son propiedad privada pero, según los tejeros, cualquier persona puede hacer uso de ellos. “La tierra blanca se conseguía en los terrenos que tienen tierra blanca allá por la Estancia [barrio]. Don Paco que era papá de don Raúl [Fernández] acarrea la tierra blanca”. Y por último, se procede a la fabricación de las tejas y los ladrillos.

Proceso artesanal de tejas y ladrillos

Las tejas y ladrillos se incluyen dentro del ramo de la alfarería porque utilizan en su manufactura, el barro como materia prima. Además, son objetos que se usan para cubrir los techos de las casas, principalmente en las áreas rurales. Las hay curvas y planas. En la elaboración de tejas no hay división del trabajo, tanto hombres como mujeres se dedican a dicha actividad, lo cual se pudo observar en una de las tejeras de Salamá. Para las mujeres representa una doble actividad porque tienen que atender las actividades domésticas. Los niños también son iniciados a temprana edad.

Para fabricarlas, además de los materiales mencionados anteriormente, se necesita: agua, regleta de madera de encino, también puede ser de pino y tres moldes: uno rectangular denominado galápago que está hecho de hierro fabricado por los herreros, pero son los artesanos los que tienen que llevar la muestra para que les salga igual. El extremo superior es más ancho en relación al extremo inferior; con toda certeza se puede afirmar que este es el molde clave. Los otros dos moldes son cóncavos que pueden ser de metal o de pino, siendo desde luego más resistente el de metal y que los tejeros denominan “recibidor” ya que la mezcla de barro de base plana, pasa inmediatamente a este molde dándole la curvatura característica de la teja.

En la galera (nombre con el que denominan el lugar bajo techo en donde producen y tienden la teja recién elaborada), hay un trozo de madera de 1.50 de diámetro por 1.10 de alto. Sobre esta fracción de madera, está colocada una piedra rectangular de 50 centímetros de largo por 10 de espesor, en algunos casos se puede usar un trozo de madera con las mismas dimensiones, que denominan “molendero”. Entonces, para hacer una teja, se remoja el molde por los cuatro lados, se coloca sobre el molendero y se esparce arena blanca que debe ser calculada, lo cual no es problema para el artesano que toma la cantidad exacta en su mano, según se pudo observar.

La arena se incorpora en algunas piezas de barro, pero para el proceso de las tejas, se aplica solo a la base del molde rectangular para que la mezcla no se adhiera al molendero durante el traslado al molde curvo que está colocado a lado izquierdo a la par de la piedra o molendero.

Con la mano izquierda extendida el artesano la coloca en la base superior del bloque de barro y con el vértice que forma el pulgar y los dedos restantes que con cierta presión introduce en el barro, “corta” en forma vertical la porción de barro hasta llegar al asiento, es la medida exacta que dará origen a una teja. Tiene el cálculo justo de la porción de barro que necesita el cual va enrollando al mismo tiempo que la está cortando y al llegar al final tiene

en sus manos, una bola. Se traslada al molendero y se palmea hacia abajo hasta cubrir el marco.

En la parte superior del molde se jala el barro con ambas manos y hace un rollo como quien voltea frijoles y se vuelve a extender y a palmear, teniendo cuidado que las esquinas queden bien cubiertas. El “palmeado del barro” se hace con el metacarpo de la mano y se mantienen los dedos levantados pues estos no se usan en el extendido del material. Según don Froilán no es tan fácil hacer una teja. “Muchos creen que hacerlas es fácil, cuando uno comienza a aprender lleva tiempo el dominar la técnica y el que está enseñando debe tener paciencia”. Se ve tan simple la elaboración de una teja en el molde rectangular, pero a la hora de probar hacerla es complicado. Esta es la base porque en el molde cóncavo no hay nada más que hacer para darle forma porque ya está curvo y al trasladar el barro toma esa forma.

El barro es maleable pero se necesita gran destreza para moldearlo y producir la obra. Cuando el molde está lleno, que generalmente tiene una longitud de 45 centímetros por uno de espesor, y produciendo un golpeteo con la palma de ambas manos y dedos, compacta el material y le permite extraer alguna piedrecita que no se haya detectado al preparar la mezcla.

Es importante que no haya ninguna piedra en la pieza porque al someterla al proceso de cocción, explota y se

arruina. Luego, el artesano se remoja las manos con un poco de agua y humedece el área del barro contenido en el molde. Extrae la regleta que tiene dentro de la cubeta que contiene el agua, le escurre el exceso y la coloca al centro del molde y la resbala de la mitad hacia abajo; luego la pone de canto y alisa la otra mitad de la mezcla desde la parte inferior a la cabeza del molde. El barro que queda en la regleta, lo utiliza para rellenar las esquinas y compacta con las manos. Con este movimiento de regleta alisa la superficie de la mezcla y queda terminada la base de lo que será una teja. Seguidamente la alisa con las manos remojadas. Luego la traslada con gran sutileza y rapidez al molde que denominan recibidor. Luego la lleva con el molde al patio de tendido en donde tiene una palangana de plástico con agua para rociar el lugar en donde dejará la teja recién hecha sobre el molde. Para hacer una teja emplea dos minutos exactos desde que corta el barro, lo traslada al molde, desplazamiento de la mezcla, golpeteo, extracción de algún cuerpo extraño, generalmente piedras, nivelación con la regleta, humectación, deslizamiento al molde cóncavo y traslado al patio de tendido. Las galeras en donde se hace el tendido de la teja recién hecha, son relativamente bajas y se cubre el perímetro con plástico para evitar que los animales, principalmente “perros y mishes (gatos) entren en la noche y arruinen las tejas al pararse y hundirlas”.

Luego retira el molde de la primera teja elaborada que está tendida mientras fabricaba la segunda. La razón por la que se deja la teja recién hecha en el molde por unos minutos, mientras se elabora la otra, es para que se oree¹ y no se deforme al sacar el molde. El artesano dice: “si se saca el molde en el momento, la teja se va por un lado y no sale bien arqueadita”, por eso se trabaja con dos moldes. Entonces la primera teja queda en el patio de tendido sin el molde, y en tanto que la segunda recién hecha queda montada en el molde, el artesano produce la tercera y así sucesivamente va alternando los moldes hasta producir entre 150 y 200. La elaboración de la teja se hace una por una. El material terminado permanece en el patio de tendido bajo la sombra durante tres días, previo a sacarlas al sol para el secado final que, como dicen los tejeros, si hay buen sol, necesitan solo medio día para terminar de secar. También depende del barro; algunos tipos de barro necesitan más sol y hay otro barro que no lleva sol, según los tejeros.

Los tejeros con la sabiduría que da la experiencia reconocen a través del tacto y la vista, la calidad del barro que necesitan para producir las tejas y ladrillos. La labor artesanal de teja y ladrillo es en solitaria. El artesano inicia su labor desde muy temprano hasta, —como ellos dicen—, “hasta que se cansan y dejan de trabajar en promedio a

las cinco de la tarde”. Cuando se realiza la quema, la situación cambia, pues los artesanos que tienen la responsabilidad de la quema del producto inician de las diez u once de la noche y terminan al siguiente día a las siete u ocho de la noche, es una ardua labor.

Para producir los ladrillos también se usan moldes rectangulares cerrados por los cuatro lados y abiertos en la parte superior e inferior, pueden ser dobles o sencillos con medidas de 10 por 20 o 10 por 15 centímetros. Los moldes están hechos de madera de pino que es la más usada. Además, los moldes necesitan una tabla que contiene dos regletas colocadas paralelamente para dar la forma acanalada que caracteriza a los ladrillos para la construcción de las paredes. Este es grande y ancho, mientras que los más pequeños y angostos son para hacer sepulturas.

Este molde se coloca sobre el molendero, en seguida se instala el molde y se llena con la mezcla del barro. Una vez que está lleno el molde, se le pasa la regleta para alisar y nivelar la superficie del barro y el ladrillo queda liso. Como siguiente paso, se lleva el molde para el patio de tendido, se rocía un poco de agua, después se esparce arena blanca y se invierte la posición del molde, quedando encima la tabla que define la hendidura del ladrillo, se retira la tabla y se deja únicamente el molde que contiene el ladrillo y se espera a que oree, cuando está semiduro, se retira por completo el molde. Y así sucesivamente

1 Proceso por el cual el barro pierde humedad al contacto con el aire.

se elaboran los ladrillos hasta hacer 200 en un día. La preparación de la materia prima es la misma descrita para la elaboración de las tejas. Tienen varios moldes y su vida útil según don Andrés Morales, era de unos seis meses y después cuando se terminaban, pues se mandaban a hacer nuevos. Los moldes los hacían los carpinteros. Refirió que los carpinteros que le hacían los moldes a don Faustino, ya fallecieron. Don Andrés hacía 100 ladrillos comenzando desde muy temprano hasta la una de la tarde. El proceso de tendido de los ladrillos es diferente en relación con las tejas. Estas están en la sombra y los otros en el patio del solar de las tejeras sin techo alguno.

En la producción de estos objetos (tejas y ladrillos) no existen normas registradas de calidad y esto se generaliza en casi todas las labores artesanales que se elaboran en Guatemala. Sin embargo, se pudo observar que los artesanos realizan su mejor esfuerzo en la preparación del material para hacer objetos de alta durabilidad y calidad pues la eficacia nunca es accidental, siempre es el resultado de un esfuerzo inteligente que se pone en evidencia en cada pieza producida. Por otra parte están atentos a mantener la temperatura del horno para que el material salga bien cocido.

Las artesanías constituyen una de las estrategias de supervivencia de la unidad familiar que en su conjunto reproducen la fuerza de trabajo del campesino artesano, pues como se anotó

en los artículos sobre la producción de cestería de Chilascó y alfarería de Trapiche de Agua, la vinculación que hay entre la actividad agrícola y la producción artesanal, es evidente e indiscutible. La producción de tejas y ladrillos posee rasgos distintivos que caracterizan a las artesanías vigentes en Salamá, que se han elaborado desde hace muchas décadas, desarrollando un modelo específico de organización productiva y cultural de dicha región.

En las tejeras visitadas no elaboran adobes, sin embargo, se pudo observar camino a las aldeas Chilascó, Trapiche de Agua, Chuacús, Chuacusito, Llano Grande, Las Anonas, Payaque y El Tempisque, varias casas dispersas con paredes de adobe. Los adobes son de barro crudo y sus dimensiones varían según el uso, además de barro se les agrega paja o zacate que ayuda a amarrar y cohesionar la mezcla. El barro se amasa con los pies hasta formar una mezcla homogénea, luego se coloca una parte en moldes de madera y se dejan secar a la sombra. Después de permanecer unas horas en el molde, se retiran del molde y se exponen al sol para completar el grado de sequedad. En todas las aldeas del área rural de Guatemala, se puede observar que la gran mayoría de casas sus paredes están elaboradas con adobes.

Según los tejeros, una teja de buena calidad, debe producir un sonido resonante cuando se golpea con el nudillo del dedo índice, además debe

tener un color uniforme. Si la teja emite un sonido sordo, no es de buena calidad.

El diseño de las tejas y ladrillos ha sido la misma desde años atrás y que según Rubín de la Borbolla (1974: 9), “la calidad, el buen acabado, la funcionalidad y todas las cualidades inherentes de cada objeto, determinarán la demanda y otras exigencias que favorezcan la comercialización del producto”.

Obtención del combustible

Los entrevistados refirieron que la leña se compra u obtiene en la montaña o de aldeas como Las Anonas. La aldea Las Anonas, pertenece a la jurisdicción del municipio de Salamá, Baja Verapaz.

Situada en la sierra de Chuacús. Se llega a ella por camino de revestimiento suelto hacia el oeste a medio kilómetro del entronque con la ruta departamental, Baja Verapaz 12. Dista de la cabecera departamental a 13 kilómetros hacia el norte. Está situada a 1,465 metros sobre el nivel del mar, en latitud 15° 01' 16" y longitud 90° 19' 02". Posee los caseríos La Cumbre y las Agüitas (Gall, 2000: 116).

Se pudo comprobar, a través de las entrevistas de campo, que desde hace varios años los tejeros se abastecen del combustible en dicha aldea, pues don Andrés, que es el tejero de más edad entrevistado durante el trabajo de campo, hizo mención de dicho lugar e indicó que “antes costaba cincuenta

centavos la tarea de leña pero ahora ya es caro y que don Faustino usaba ocho carretadas de leña en una sola quema”.

Se utiliza madera de pino, también se puede usar de encino o ciprés, pero la que más se usa es la de pino. Según datos proporcionados por don Froilán Morales, de la tejera Los Encuentros, son los dueños de las tejeras los responsables de llevar el combustible al lugar de la quema. Indicó que hace muchos años, el transporte de la leña se hacía al hombro, sobre la espalda con mecapan caminando grandes distancias. Después fue llevada sobre lomos de bestias. Luego con carretas haladas por bueyes y en la actualidad se transporta en pickp-ups y camiones.

Preparación del horno

Con varios días de anticipación las hornillas del horno se limpian cuidadosamente. Un artesano se introduce con un poco de dificultad por la boca del horno hasta llegar al fondo para extraer el residuo de cenizas de la quema anterior. Una vez realizada la limpieza, el artesano sale “de culo” (sic), es decir, sale de retroceso ya que si el artesano es de talla alta, no puede girar dentro del espacio de la hornilla del horno. Como dice don Froilán, “cuando limpiamos el horno nos metemos y andamos allí como que si somos tacuacines y andamos allí adentro arrastraditos dando vueltas sacando todo eso” [el residuo vegetal de la quema anterior]. La limpieza la

hacen solo con las manos y apoyados con una escobita. No usan azadón para evitar escarbar la base de la hornilla. Después de la limpieza se tapan las bocas del horno para evitar que entre algún animal, generalmente perros y gatos a ensuciar. Al frente de las bocas del horno hay una plataforma a nivel más bajo de la entrada de la boca. Esta sirve para retener el agua de lluvia cuando se quema en invierno para evitar que entre a través de las bocas y apague el fuego. El tejero tiene que sacarla con galones y guacales y la tira fuera.

La plataforma no solo sirve durante el proceso de quema sino que también cuando el horno está en proceso de enfriamiento ya que si entra agua a las hogueras el horno se humedece, el material también y el producto se raja.

Los hornos los fabrican los albañiles, están hechos de adobe cocido. Los hornos de la tejera de Los Encuentros, tienen 45 años de estar funcionando y el dueño de la tejera está pensando construir otros porque estos ya se están rajando por el uso. Los hornos de las tejeras de Salamá, son abiertos, en forma cuadrada y cubiertos por un techo de tejas de una altura aproximada de dos metros para proteger de la lluvia, el producto que se está quemando. Tienen dos bocas para el abastecimiento de la leña que garantiza el fuego constante para la quema correcta. Para llenarlos con las artesanías que se van a quemar, primero se hace, como dicen los tejeros, una

cama de ladrillos y sobre esta base se colocan las tejas en filas que van en direcciones contrarias. Es decir, se forma una fila con la parte más ancha de la teja, hacia abajo. Luego la siguiente fila en posición contraria y así sucesivamente se van alternando hasta completar la carga.

Al horno de la tejera de Los Encuentros le caben tres camas de teja, aparte de la cama de ladrillos que se ha puesto al inicio. La colocación del material que se va a quemar debe hacerse con mucho cuidado para evitar quebrarlas.

Después que está lleno, la entrada para cargarlo y a la cual, los tejeros llaman ventana, se cierra con adobes crudos que con el tiempo terminan cocidos por largas horas de recibir calor. Los espacios de luz que queden entre uno y otro adobe se rellenan con lodo como quien sella una sepultura, hasta tapar por completo la ventana y se detiene con ayuda de un puntal de madera. Una vez que está llena la capacidad del horno, se cubre el material con “ripio” que consiste en pedazos de tejas que se han fracturado por mal manejo en la descarga del horno o en el traslado al patio de venta.

La quema del producto

Teniendo listo el horno, se procede a introducir la leña en las dos bocas del mismo. La responsabilidad de la quema recae en dos artesanos. Cada uno tiene el compromiso de garantizar que

el fuego sea constante para mantener la temperatura del horno para garantizar una quema correcta ya que no poseen reguladores de temperatura sino que se basan en horarios (a cada hora alimentan la hoguera con 20 leños cada vez) y a la experiencia del ojo del tejero. A las 11 de la noche don Froilán y don Juan, comienzan a quemar el producto que ya tienen colocado en el horno y terminan al día siguiente a las ocho de la noche. Cuando el artesano abre la boca del horno, para introducir más leña, es impresionante ver aquella hoguera; el vapor que expele es intenso. El artesano se tiene que cubrir el rostro con su sombrero para evitar que el vapor le lastime los ojos y le quemé la cara. Cuando al horno se le echa más leña, sale el humo por arriba del ripio similar a una chimenea de tren.

El calor es tan fuerte que los leños son lanzados a una distancia de un metro y tienen tanta experiencia que entran con tal precisión al fondo de la hoguera el cual se consume de inmediato. Al caer el leño es consumido en un tiempo relativamente corto. La quema es un proceso sumamente agotador. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán al referirse a los hornos de las tejeras de Chimaltenango indicó: “Cuyos hornos son de crecida y voracísima llama y de crecido y grande buque, con dilatado y largo tiempo de fuego sucesivo y continuado” (Fuentes, 1932: 346). Después se colocan más leños en la puerta de la boca y se tapa

nuevamente. Transcurrida una hora, le toca el turno al otro tejero alimentar en la misma forma la otra boca del horno, es un procedimiento alterno.

La leña que se utiliza es rajada o cortada en trozos rollizos. El fuego comienza en la orilla de la boca del horno y se enciende con un ocote. Se tapa con pedazos de toneles, para evitar que entre demasiado aire. Cuando esta se ha consumido, las brasas se empujan hasta el centro de la hornilla con ayuda de una vara que en uno de los extremos tiene una abertura en forma de “ye”, de ocho centímetros de diámetro por dos metros de longitud, empuja la brasa y en seguida se incorpora leño tras leño desde afuera con fuerza para que caiga adentro de la hoguera. Luego se vuelve a tapar la entrada con leños tanto rajados y rollizos, colocándose nuevamente la lata. Transcurrida una hora, se vuelve a realizar el mismo procedimiento hasta transcurridas 21 horas, tiempo en que se completa la cocción.

La leña según el tejero, es calculada porque si no sale “sobre quemada la primera cama de material cerámico; las tejas se pegan como acordeón y los ladrillos se hinchan”. Si hay demasiada brasa al fondo, entonces solo se le pone leña en las esquinas. Si al quitar la lata que cubre la boca el fondo del horno se ve negro, lo oscuro indica que necesita leña; en ese caso va nuevamente el artesano e incorpora más leña.

El proceso de la teja es muy laborioso, no digamos el de la quema. La hoguera del horno es similar a una tumba vacía en forma de arco. Cuando las lengüetas de fuego sobresalen por la cubierta de tejas y ripio, el artesano dice: “aquello rojea con llamas que levanta” [es decir, de color rojo intenso]. Cuando las llamas sobresalen se debe tener cuidado de que cubran toda el área cuadrada del horno. Si en alguna esquina del horno no se ve llama, entonces se le echa fuego solo en esa esquina por el lado exterior superior. De esa cuenta, la teja presenta un color rojo parejo. A este proceso el artesano denomina “ya punteó”, significa que la quema ha finalizado, y se deja de echar leña al horno. El producto queda en el interior hasta que enfría totalmente. Pasados unos quince días, se procede a descargar el horno y el material se estiba en el caso de las tejas, y los ladrillos se “aperchan” en forma cuadrada en el solar de la tejera. Los ladrillos que se colocan al fondo del horno, según el tejero, “se sobrequeman, se inflan y se tuercen, por lo tanto no sirven para la construcción”.

Cuando el material está cocido, tiene un color naranja que va de suave a fuerte y esta variación se debe no solo a la calidad del barro como dicen los tejeros, sino que también a la temperatura del horno en el proceso de la “quema”. Se conoce que la teja es de buena calidad, cuando al tocarla tiene una resonancia acústica y sonora.

Este sonido denota que está bien cocida y bien elaborada. Según don Froilán Morales, la teja que no suena al golpeteo del índice, no sirve. Según los tejeros, una teja de buena calidad al golpearla con el nudillo del dedo índice, debe tener buen sonido; si este es sordo, “la teja no sirve no está bien cocida”, además debe tener un color uniforme. El horno se enfría en tres días y ya se puede descargar. Pasados unos 20 días ya se puede cargar nuevamente para hacer otra quema.

Las tejas se colocan en filas en el lugar destinado para la venta, cada fila tiene número pues es la manera que tiene el dueño de controlar que no las roben por la noche ya que no tienen guardián y la tejera se queda sola.

Desventajas de las tejas

Una de las desventajas que poseen las tejas, lo constituye el mayor peso cuando están sobre los tejados de las casas que aumenta con la armazón de la madera necesaria para trastejarlas. Otra desventaja, es la fragilidad al caerle algo pesado como un árbol u otro objeto. Se tuercen si se pasan de fuego, como dicen los tejeros. Con el correr del tiempo y debido a las inclemencias del clima, necesitan limpieza, van perdiendo su color original tornándose más oscuras, debido al humo de leña en la cocción de los alimentos y a la falta de mantenimiento de parte de sus habitantes. Si no se limpian año con año, pueden nacer plantas de maleza

pequeña, favorecidos por el proceso natural de polinización del viento. Estas guardan humedad y favorecen el crecimiento de mohos. Y finalmente, existe el peligro latente de que se puedan derrumbar a consecuencia de los fenómenos telúricos muy comunes en nuestra región.

Ventajas de las tejas

Las tejas, además de ser resistentes y durables son atractivas, cuando el tejado de la casa es nuevo. Entre las ventajas se pueden mencionar: la impermeabilidad pues solamente que estén fracturadas o mal trastejadas se cuele el agua. Por otra parte, son a prueba de fuego, hay garantía que no son inflamables y son anticorrosivas. Permiten la aislación térmica y acústica. No es lo mismo escuchar un aguacero en un techo de lámina de zinc en donde el ruido es ensordecedor y el reflejo térmico es abrasador, que escuchar el agua caer sobre un techo de teja que provoca un sentimiento acogedor, tranquilo y en tiempos de calor, guardan frescura. Cumplen con su función utilitaria de cobijar abrigo y refugio a sus habitantes.

Comercialización

La mano de obra en la elaboración de tejas y ladrillos es de bajo costo en Salamá y probablemente es similar en otros lugares en donde existe la fabricación de estos materiales. Así lo manifestó uno de los artesanos

entrevistados quien dijo: “los ladrillos se vendían baratos en aquel tiempo y ahora también”.

El comercio de las tejas se realiza dentro y fuera de la región. El producto llega a las poblaciones de Cubulco, San Miguel Chicaj, Purulhá, El Chol, Cobán y Granados. La producción artesanal de las tejas tiene un amplio mercado tanto a nivel local como regional y nacional pues los productos llegan a otros departamentos de la república como: El Progreso, Zacapa y Petén.

Esta expansión del comercio es el resultado de la versatilidad de estos objetos de barro cocido; ya que los productos cerámicos del ramo de materiales de construcción tienen gran demanda en los sectores sociales rurales y urbanos. El cronista Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, en su relato de la Recordación Florida hace mención a la calidad de las tejas en Chimaltenango. Al respecto menciona que:

Tejares de larga utilidad y provecho porque la teja y ladrillo que se fabrica y labra del barro de este país y territorio de Chimaltenango es mejor y más resistente calidad de cuantos géneros de teja se han descubierto y fabrican actualmente en muchas partes de la cercanía de Goathemala (Fuentes, 1932: 345).

La preferencia para el uso de las tejas para los techos y los ladrillos para construir paredes, son diversos: por el gusto a lo natural, por la consistencia

y durabilidad del producto y porque las casas de antaño, tradicionalmente, poseían techos de tejas, principalmente las casas patronales en las haciendas ganaderas. Constituyéndose estas artesanías, como elementos culturales propios que conforman la cultura salamateca y de la cultura tradicional guatemalteca.

El ciento de tejas cocidas tiene un valor de Q175.00 y el de ladrillos cocidos cuesta Q150.00. El ciento de tejas de barro crudo lo pagan a Q35.00 y el de ladrillo de barro crudo a Q25.00, en la época de cuando don Andrés se dedicaba a este trabajo, el ciento de tejas lo pagaban a Q30.00 y el de ladrillos a Q15.00

Comentario

Guatemala es un país que conserva un rico y variado acervo cultural, representado en sus artesanías como manifestación socio-cultural de las comunidades que como Salamá, integran nuestro territorio.

Las artesanías son fuente de ingresos para los artesanos, que día tras día se dedican a producir diversidad de objetos, no solo de uso doméstico, sino que también de carácter ornamental, ceremonial, religioso y una considerable cantidad de artefactos de diseño reciente como nuevas artesanías, inspiradas en las demandas del turismo que ofrece la vida moderna.

Es loable la labor del artesano que invierte tiempo para poder crear

productos dignos de admiración que representan la identidad cultural, no solo de su región sino de Guatemala ante el mundo y que transmite de generación en generación, garantizando con ello, la pervivencia de la cultura popular. Al respecto, Rubín (1974) refiere que el funcionamiento de la cultura popular “se transmite y usa en forma oral y práctica por el conglomerado o comunidad humana; funciona como un fenómeno dinámico y trascendental, para garantizar la supervivencia del hombre actual, sea este analfabeto o letrado”.

Las artesanías que se elaboran en Salamá y sus aldeas son objetos que satisfacen necesidades cotidianas tales como: vivienda (tejas, ladrillos y adobes); indumentaria (textiles del Tempisque y Chilascó); utensilios domésticos: ollas, comales, canastos (Chilascó y Trapiche de Agua). Todos estos elementos constituyen parte del bagaje cultural de los salamatecos, ya que estos objetos representan y reproducen la cultura de los grupos lingüísticos: Achi’ Pocomchi’ y Q’eqchi’, que prevalecen en la región. En muchos pueblos se elaboran objetos de barro, unos a mayor escala y otros a menor, pero siempre están vigentes las expresiones culturales que identifican a Guatemala tanto nacional como internacionalmente.

Se pudo observar, que en esta labor artesanal, trabajan miembros de distintas familias, en una misma “tejera”. En las tejeras visitadas, se identificaron de tres a cuatro miembros de diferentes familias

en plena labor. El mayor número de tejeros está integrado por hombres. En la tejera de El Calvario, trabaja el esposo, la esposa y el hijo de cinco años que ayuda a sacar barro con la pala y lo coloca dentro del colador de cedazo y lleva tejas al horno, previo a la quema. El trabajo del grupo familiar, representa mayores ingresos para cubrir las necesidades básicas, pues la familia como grupo social, se ajusta a la cultura de la vida doméstica de una sociedad concreta (Harris, 1981: 4). Y como refiere el citado autor, “la cultura de una sociedad tiende a ser similar en muchos aspectos de una generación a otra. En parte, esta continuidad en los estilos de vida se mantiene gracias al fenómeno conocido como endoculturación” (Harris, 1981: 4). Algunos de los informantes indicaron que sus padres y abuelos fueron tejeros.

Las artesanías siempre han sido una opción económica, a falta de fuentes de empleo. Sin embargo, aunque es una alternativa, si no tienen un mercado que absorba la producción como es el caso de las artesanías con acículas de pino que producen las artesanas en Chilascó, que no tiene mayores consumidores locales; el comercio se estanca. No es el caso de las tejas y ladrillos que poseen un mercado muy amplio, por lo tanto constituyen un excelente aporte económico para las familias.

Desafortunadamente, aunque existe una ley de protección para la producción artesanal, no hay programas gubernamentales concernientes a los

aspectos culturales que contemplen su promoción, fomento y difusión, y que busque medios para la comercialización y rescatarlos como elemento cultural de identidad nacional.

Es por ello que es importante resaltar la labor del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala, que a través de los trabajos de investigación ha promovido y difundido la cultura popular tradicional que está vigente en sus muy variadas artesanías que no obstante los cambios y modificaciones que provocó la influencia española en la estructura social y cultural de los grupos indígenas prehispánicos, conservan sus rasgos socio-culturales en la manera de producir.

Así mismo, es importante mencionar que el CEFOL tiene como misión: rescatar, estudiar, investigar, sistematizar, divulgar, transferir, poner en valor y socializar las creaciones de los portadores de la cultura popular tradicional para su autoconocimiento y reconocimiento en la vida nacional a través de los trabajos de las diferentes áreas del conocimiento de la cultura tradicional guatemalteca.

En ninguna de las tejeras visitadas elaboran teja de madera que se conoce como teja manil. La teja que se produce en Salamá es la de uso común en Guatemala, destinadas específicamente a la construcción de los techos de las viviendas. En muchos pueblos se elaboran objetos de barro, unos a mayor escala y otros a menor.

En el recorrido que se realizó en aldea El Tempisque, se comprobó que el tejido es la actividad principal de las mujeres de dicha comunidad. Al respecto, Domingo Juarros (1981: 24-25) al referirse a la descripción de las Verapaces entre otras cosas indica que: “el comercio de sus moradores consiste principalmente en hilados de algodón”.

Pudo inferirse que la quema de los productos tiene efectos nocivos para la salud de los artesanos, especialmente los que tienen la responsabilidad de atizar el fuego al horno. Las fumarolas que expele la leña de pino por la resina que contiene, es dañina para los pulmones puesto que al inhalarla, queda adherida en estos órganos de la respiración, provocando con el tiempo serios daños en las vías respiratorias. Y aunque el humo sale por la parte superior del horno y se pierde en el espacio, de igual modo la contaminación es constante en las tejas.

Asimismo, la exposición al vapor, cuando destapan la boca del horno para poner más leña, también provoca daños, especialmente en la cara, ojos y manos. Los mismos tejeros comentaron que después de la quema se cubren la cabeza con un gorro, se ponen suéter y guantes. Guardan reposo, no se bañan durante dos días hasta que el cuerpo se enfríe para evitar enfermedades como el reumatismo. Don Andrés Abelino Morales lo expresó de la siguiente manera: “El que quemaba llevaba dos días de dieta (el hombre guardaba dos días) no se bañaba para que no le

diera reuma, porque después padecen de reumatismo porque hay que estar fuegueando (poner más leña al horno) a cada hora porque no hay que dejar que se apague el fuego”. No obstante estos riesgos, trabajan a diario sin escatimar esfuerzos para mantener la producción.

Finalmente como indica Luz del Carmen Vallarta:

Estudiar la producción artesanal no es solo comprender al productor y al objeto producido describiendo el trabajo que lleva incorporado o al proceso productivo en sí mismo, es más que todo eso, porque las artesanías, además de ser objetos, implican relaciones sociales y no solo en el ámbito económico. A través de ellas se comprende la complejidad de su producción en términos culturales y hasta simbólicos, nos permite asociarlos a otras formas productivas dentro de las comunidades, a entender su producción en términos de relaciones de parentesco, a entender su papel dentro de las unidades de producción, consumo familiar y la importancia que tienen al reproducir la fuerza de trabajo de los productores y de sus familias (Vallarta, 1985: 13).

Y como bien lo manifiesta Carlos Espejel, “las artesanías reflejan las mejores tradiciones al manifestar nuestras necesidades, lo mismo en lo material que en lo espiritual y artístico, y son a la vez

el resultado de un complejo proceso histórico de un ininterrumpido desarrollo milenario” (Espejel, 1972: 142).

Las artesanías están inmersas en la Cultura Popular Tradicional, entendiéndose como Cultura Popular Tradicional, a todas aquellas manifestaciones que se desarrollan en el seno del pueblo de un país determinado, con características propias y que expresan la concepción del mundo y la vida de estos grupos sociales. Por otra parte, Flora Kaplan, indica que, el estilo de la cultura material es un sistema que incluye la identidad del grupo y proporciona una base para la acción grupal (Kaplan, 1980: 16).

Referencias bibliográficas

- Barrios, L. (1996). *Pueblos e Historia en la Baja Verapaz*. Guatemala: Revista Estudios Sociales No. 56, IV época. Instituto de investigaciones económicas y sociales. Universidad Rafael Landívar.
- Cifuentes, C. (1987). *Tejas de barro cocido en Guatemala*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala. (Tesis de grado). Facultad de Ingeniería. Escuela de Ingeniería civil.
- Díaz, R. (1978). *Folklore y Arte Popular*. Guatemala: Colección y Documentos. Volumen I CEFOL– Guatemala.
- Diccionario Municipal de Guatemala. (2002). Guatemala: Instituto de Educación y Capacitación Cívica, Guatemala.
- Espejel, C. (1972). *Las artesanías tradicionales en México*. México: Primera edición. Sep/Setenta.
- Fuentes, F. (1932). *Recordación Florida*. Guatemala: Biblioteca “Goathemala” de la Sociedad de Geografía e Historia. Volumen VI Tomo I.
- Gall, F. (2000 Compilador). *Diccionario Geográfico Nacional de Guatemala. Volumen I. Versión electrónica*.
- Harris, M. (1981). *Antropología Cultural*. España. Alianza Editorial.
- Instituto Indigenista Nacional (IIN), (1955). *Síntesis socioeconómica de una comunidad indígena*. Purulhá, Baja Verapaz. Archivo de materiales culturales No. 135.
- Juarros, D. (1981). *Compendio de la historia del Reino de Guatemala 1,500-1,800*. Guatemala: Guatemala. C. A. Editorial Piedra Santa.
- Kaplan, F. (1980). *Conocimiento y estilo*. México: un análisis basado en una tradición de alfarería mexicana. Instituto Indigenista Nacional.
- Lara, C. (1991). *Cerámicas populares de Guatemala*. Guatemala: Editorial Artemis Edinter.
- López, G. (1983). *Cerámica Mexicana*. León, España. Editorial Everest S. A.
- Martínez, S. (1994). *La patria del criollo*. Guatemala: Décimo tercera edición. Ediciones en Marcha.
- Pérez, O. (1989). *Artesanías y producción artesanal en la formación nacional guatemalteca*. Guatemala: Sub-centro Regional de Artesanías y Artes Populares. Colección Tierra Adentro 8. Ediciones papiro. Guatemala, C. A.

Programa de Desarrollo Regional Las Verapaces, (PLV). 1992. Estudios de grupos sociales. Guatemala: Guatemala. FLACSO.

Prado, E. (1984). *Comunidades de Guatemala*. (Recopilación). Guatemala; Impresos Hermes.

Rodríguez, F. (1983). *Breve introducción al estudio de las artesanías populares de Guatemala*. Guatemala: Subcentro Regional de artesanías y artes Populares. Guatemala. C. A.

Rubín, D. (1974). *Arte popular mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica. Primera edición.

Vallarta, L. (1985). *Antropología social de las artesanías en el sureste de México*. Hidalgo y Matamoros México: Dos estudios. Serie Frontera sur. Volumen 5. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Cuadernos de la casa Chata 128. Primera edición.



Barro para la elaboración de las tejas y ladrillos.

Instrumentos: Molde rectangular, curvo y la regleta.



Molendero, lugar de trabajo del tejero.

Artesano prepara el barro con los pies.





Artesano don Froilán Morales Picón, con los moldes sobre el molendero.



Niño de cinco años, futuro tejero.



Tejero don Andrés Abelino Morales de la tejera del barrio Las Piedrecitas.



Moldes para fabricar ladrillos.



Don Froilán coloca tejas en la galera de tendido.



Ladrillos secándose bajo el sol.



Galera de tendido, tejera El Calvario.

Horno cargado con
material listo para
la quema.



Tejero Mario Picón y
su producción.



Artesana doña Silvia Lorena Picón,
con tejas en las manos.



Artesano carga el horno,
previo a la quema.



Familia de tejeros.



Boca del horno.



Don Froilán Morales muestra una teja cocida.



Leña para la quema de las piezas.

Artesano don Juan López
empuja las brasas hacia el
fondo del horno.



Horno en plena actividad,
obsérvese la fumarola que expele.

Tejas estibadas,
listas para la venta.





Entrada a la tejera El Calvario.



Tejas y ladrillos cocidos.